

Queridos Hermanos:

La noche del 17 de octubre de 1976, a las 9 y 30, marchaba de esta tierra hacia la Patria prometida, a sus 82 años, un Salesiano Coadjutor que pasó por esta vida en silencio, haciendo el bien, y, en silencio, desapareció, dejándonos un vacío insospechado: Su nombre

Sr. TRINIDAD DE LEON MENDEZ

Había nacido el 14 de noviembre de 1894 en Tamanique, Departamento de La Libertad, República de El Salvador. Sus padres fueron don Trinidad De León y doña Rosa Méndez de De León.

Don Trino, como cariñosamente lo llamábamos, ingresó por primera vez al Colegio Santa Cecilia de Santa Tecla el 3 de junio de 1913, y allí permaneció hasta 1917. Comenzó como obrero, ejerciendo diversos oficios: panadero, sastre, etc. Pero la imponente figura de Don Bosco y los Salesianos que vivían el fervor de la primera hora, entusiasmaron el corazón sencillo de don Trino, que se quedó como obrero de la viña del Señor.

Ingresó al Noviciado Salesiano de Ayagualo el 1º de Abril de 1918, pasando a formar parte de las filas salesianas un año después. Decidió dedicar toda su vida al Señor y a los jóvenes el 21 de abril de 1922 cuando pronunció su profesión perpetua.

De sus 57 años de vida salesiana, 39 los pasó en Costa Rica, que siempre consideró como la segunda patria, y en donde siempre se le conservó recuerdo agradecido y cariño.

De él pensamos lo que la Escritura dice de Moisés: "Amado de Dios y de los hombres, su recuerdo permanece en bendición" (Eccli. 45. 1).

Quienes convivieron con él nos hablan de los primeros tiempos de su vida salesiana, elocuente por sí misma.

Después de la profesión trienal, don Trino trabajaba con don Amadeo Zugliani —otra figura gigante de Coadjutor— en la famosa curtiembre o Tenería... Don Trino vestía humildemente, todo el día llevaba el traje de faena de la tenería. Siempre iba de prisa, como un reflejo de su temperamento. Por la mañana, muy temprano, bajaba, acompañando a don Amadeo, a despertar a los demás salesianos, para hacer su meditación. Don Trino y don Amadeo la hacían juntos: era algo ejemplar ver a esos dos colosos de piedad haciendo la meditación; ambos leían en común un libro como se acostumbraba entonces; terminada la meditación, ambos seguían la misa con un devocionario o libro de oraciones de entonces; o si no, ayudaban la santa misa. A continuación don Trino y don Amadeo subían a la Tenería



para recibir a los obreros, iniciando el trabajo con una breve oración. Una vez realizada esta labor, bajaban a desayunar.

Don Trini era el hombre de confianza de todos y, sin descuidar sus obligaciones inmediatas, servía a todos cuando podía hacerlo. Sus hermanos salesianos le tenían una gran confianza. Don Trino era factotum.

Los alumnos le profesaban un gran aprecio: era muy afectuoso y serio. A los aspirantes nos traía fruta del cafetal de la tenería, principalmente a los que no recibían comestibles de sus casas. Era muy comprensivo y fino: se preocupaba de los que sabía que vivían lejos y casi no los iban a visitar.

Mostraba especial predilección por los muchachos del Oratorio: todos le tenían un gran cariño. Llegó a tener un gran ascendiente en el Oratorio Festivo y entre los jovencitos: ya desde entonces se dedicó a formar catequistas de entre sus mismos muchachos, y de otros se preocupó por su posible vocación sacerdotal. También se dedicaba a catequizar a los adultos del Oratorio, con la asociación de los "josefinos" —Compañía de San José— en donde ejerció un gran apostolado con bautismos, primeras comuniones y, sobre todo, arreglando matrimonios. Daba gran importancia a la clase de Catecismo y mucha solemnidad a la Bendición Eucarística.

Utilizaba el deporte, al estilo de Don Bosco, a fin de atraer a los jovencitos y poder evangelizarlos.

También era delicado para con los colaboradores salesianos, principalmente hermanos teólogos. Los trataba con suma bondad y respeto, cuando podía se molestaba en conseguirnos regalitos, para poner de manifiesto el aprecio que nos profesaba.

Además del trabajo en la tenería, junto a don Amadeo, y la atención del Oratorio los domingos, era Asistente de los Artesanos y Maestro en la escuela gratuita. Ocupaciones que atendió desde 1920 a 1932.

En 1932 la obediencia lo destina a la República de Costa Rica, como colaborador inmediato del Padre José de la Cruz Turcios, quien había fundado el Hospicio de San José; se convirtió en el Alter Ego del Padre Turcios, quien depositaba en él toda su confianza. El era prácticamente el Tesorero de la Obra y del Oratorio. Los Cooperadores y Cooperadoras le ayudaban mucho, le entregaban considerables sumas de dinero, porque sabían que era Salesiano. El trabajo espiritual y social que realizó fue patentizado por el aprecio inmenso que le tenían sus exalumnos.

Su apostolado lo ejerció principalmente a través del Oratorio y del trabajo vocacional entre los jóvenes. Varios salesianos deben a él su vocación.

Junto al Oratorio y al Hospicio, funcionó por mucho tiempo el aspirantado salesiano de Costa Rica. También los pequeños aspirantes percibieron la grandeza del corazón de don Trino dentro de su sencillez. Cuando los Superiores de los aspirantes faltaban, don Trino los asistía en el estudio, en el recreo, en los paseos; lo hacía con gusto, buscando siempre la manera de agradar a los aspirantes y tenerlos contentos.

Sus ocupaciones diarias eran las económicas: proveer la despensa, preocuparse de la cocina, de las compras para los alumnos internos y de todos los recados. Su trabajo era humilde, sencillo, sin pompas, pero lo hacía con un esmero elocuente.

Después de cierto tiempo se vio fuertemente afectado por una enfermedad nerviosa, al grado que le hacía difícil el trabajo. Sin embargo, se mantenía activo en sus quehaceres.

En Costa Rica se granjeó muchas amistades. Sus exalumnos lo apreciaban mucho también.

El Gobierno de Costa Rica le otorgó un diploma de reconocimiento por la ingente labor que, durante cuarenta años, llevó a cabo en ese país, por la multitud de muchachos costarricenses que formó, por el hogar que ofreció a muchos de ellos.

Ya cuando su salud comenzó a resentirse los superiores lo trasladaron a San Salvador, buscando un clima más benigno para sus achaques. Pero su corazón lo tenía en Costa Rica; a los pocos meses volvió a San José, pero en el año 1972 se radicó definitivamente en San Salvador.

Los últimos cinco años los pasó aquí en la Casa Inspectorial. Aceptó con fe, aunque contra su voluntad, la reducción de su actividad, que seguía siendo apostólica, por su ejemplo constante, su oración sin interrupción y su participación en la vida comunitaria, a pesar de su paso lento y entorpecido por los achaques de sus años y de su vida gastada en el servicio de DIOS y de los jóvenes. Tenía una obsesión, fruto no de última hora, sino de toda su vida: Rezar por las vocaciones, por los sacerdotes jóvenes y por la juventud necesitada. Un día con voz trémula decía: "Cómo quisiera tener ahora menos años para trabajar en equipo y con los métodos nuevos por los jóvenes" ¿No es ése el eco del corazón de Don Bosco?

El Domingo anterior a su muerte, en la Capilla del prenoviciado, radicado en esta misma casa, rodeado de los prenovicios, de las Madres Bethlemitas y de los Salesianos de la casa, el P. Director, don Eduardo Castro, le administró los Santos Oleos que recibió con la sencillez de un niño y el fervor de un ángel.

En sus momentos de soledad y meditación, quizá en los últimos momentos, desanduvo su vida: ... recordó y revivió, las dificultades de su niñez y adolescencia, las pruebas que debió superar para conservar su virtud y que siempre atribuyó a la ayuda de San José y de la Santísima Virgen, los sacrificios y trabajos, humillaciones y renuncias a que se sometió para ser fiel a Don Bosco; su entrega a los jóvenes del Oratorio de San José, en donde se operaban los mismos milagros que en el de Don Bosco en Turín, y en donde su convicción de consagrado y su total desprendimiento lo mantuvieron como el siervo fiel, sin buscarse a sí mismo, sino la gloria de Dios y de Don Bosco y la salvación de los jóvenes a quienes daba el pan de la doctrina y el pan material.

Y así, repasando biografía y geografía, sin escenografía, ni pose literaria, inclinó la cabeza, se le volcó la mirada y pasó a DIOS. "La muerte es un canje de vida y no un robo".

Se ha dicho que "nada se parece tanto a la vida de un hombre como su muerte"; será quizás porque la muerte no es sólo el último capítulo de una historia, sino su síntesis en letra cursiva, lo bastante destacada.

Quienes presenciaron la muerte de nuestro querido e inolvidable don Trino, pueden dar fe de la veracidad de estas afirmaciones.

Murió con sencillez, como había vivido: Admitió sencillamente la muerte como lo que es: Voluntad de Dios y castigo del pecado. También como libe-

ración, pero mucho más como esperanza y como ilusión deseosa de estar con Jesús: “para mí la vida es Cristo y la muerte es ganancia” (fil. 1. 21).

Todo con aquella fortaleza, fe y optimismo que todo salesiano debe poseer a la hora de la muerte, como lo tiene mandado en su regla de vida: “La muerte no es triste para el religioso: está llena de la esperanza de entrar en el gozo del Señor. Y cuando sucede que un salesiano sucumbe trabajando por las almas, la congregación consigue un gran triunfo”.

Murió como una distribución más de su vida religiosa.

Don Trino se ha añadido a la lista de esos salesianos que nos han precedido y a quienes recordamos en nuestra oración. Don Trino no ha muerto, ha comenzado a vivir y nos espera.

Cada persona es un mensaje, claro o difuso, gritando o apenas perceptible. Don Trino es para nosotros un mensaje...

- **Un mensaje de fidelidad** en estos tiempos en que es pisoteada y rota a todos los niveles.
- **Un mensaje de entrega generosa a una causa:** la causa de la juventud pobre y abandonada.
- **Un mensaje de humildad,** de sencillez, de trabajo incansable, de silencio: Silencio discreto para no herir a nadie, para no hacer gala de su pasado, para hablar con DIOS.
- **Un mensaje de pobreza y desprendimiento** porque en él sólo hubo entrega y don.
- **Un mensaje de piedad:** Para San José, Don Bosco, María Auxiliadora, Jesús Sacramentado, el Espíritu Santo, eran sus pensamientos, afectos y coloquios.
- **Un mensaje de celo apostólico** y de nobleza. “¿Cuándo va a Costa Rica?” —“Tal día, don Trino”. “¿Me podría llevar este encargo?” Y traía un sobre y dentro una medalla, una estampa, con una nota de agradecimiento y de pensamiento espiritual para sus bienhechores de antaño.
- **Un mensaje de inquietud vocacional:** por los sacerdotes, por los coadjutores. Con qué ilusión veía a los pre-novicios y con qué cariño éstos lo rodeaban y atendían, sobre todo en sus últimos días.
- **Un mensaje de autenticidad:** Salesiano Coadjutor, a secas, suficiente título de nobleza; ésta era su identidad y ésta era su vida.
- **Un mensaje de aviso saludable:** Quien ha asistido al fallecimiento de otro hombre, queda en situación de superviviente: no ha sido un mero espectador, es un pobre mortal en espera de su turno.

Su estela ahí queda.

Imploramos de todos una sencilla oración para este Salesiano Coadjutor sencillo y, al mismo tiempo, pidamos al Señor que nos mande Coadjutores fieles y entregados como lo fue don Trino.

Afmo. Hno. en Don Bosco,

EMILIO COALOVA
Secretario Inspectorial

Datos para el Necrologio:

Coadj. DE LEON TRINIDAD: nació en Tamanique (El Salvador) el día 14 de noviembre de 1894, falleció en San Salvador (El Salvador) el 17 de octubre de 1976, a los 82 años de edad y 57 de profesión.